Maximiliano G. Soriano.

LA NOVICIA.



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBÓA, 12.

MADRID.

LA NOVICIA

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA NOVICIA

BOCETO DE COMEDIA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS

EN PROSA. ORIGINAL DE

MAXIMILIANO G. SORIANO

Estrenado con éxito en el TEATRO-CIRCO CASTELAR de Elda la noche del 12 de Mayo de 1906.



1907.
Tipografía Moderna.
—Elda.—

PERSONAJES

MILAGROS	Sra.	DELGADO
DOÑA ELENA	Srta.	Nácher.
FILOMENA	»	López
DOLORES	»	Ruiz
DON TORIBIO	Sr.	Fonseca
DON ALBERTO	»	Espíriti
CESÁREO	»	Tornero
DON SALVADOR	»	Leandro
VENANCIO	»	Montes
MARCELO	»	Delgado
JUEZ	»	Gimeno
ESCRIBANO	»	Leandro
ALGUACIL	»	Amat

PERSPECTIVA DE LA ESCENA

CUADRO PRIMERO

Un saloncito de espera con dos puertas laterales y otra al foro. Un velador con un jarrón florero, en el centro de la estancia. Mueblaje elegante.

Es por la mañana.

CUADRO SEGUNDO

Jardín con puerta de salida al foro. Pabellón á la izquierda con una puerta. Dos bancos azules.

Es por la noche.

CUADRO TERCERO

Como el cuadro primero pero dos años despues.

Es por la mañana.

La acción en un pueblo de Levante, cabeza del partido. Época actual.

Derecha é izquierda las del espectador

DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES

Milagros: Traje de calle.=Vestido de casa.=Hábito de Novicia

D.ª Elena: 50 años. Traje de calle.=id. de casa

Filomena: 56 años. Traje negro de calle.=id. id.

Dolores: 25 años. Traje en forma de hábito.=id. con nube al cuello.

D. Alberto: 55 años. Bigote semi-cano. Traje negro de levita y chistera.= Traje de casa

Cesáreo: 25 años. Bigote pequeño. Traje obscuro de americana

D. Toribio: 50 años. Sacerdote: Viste balandrán y gorro; lleva bastón: cabello canoso.

D. Salvador: 65 años. barba y cabellera blancos.

Venancio: 28 años. afeitado, blusa gris larga y alpargatas.

Marcelo: 24 años. pequeño bigote, traje negro de chaquet y sombrero hongo.=Traje de color.

Juez
Escribano } Según costumbre.
Alguacíl

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

— Escena 1.ª —

DOLORES—VENANCIO

DOLORES (Entrando puerta izquierda con un **bouquet** de flores) Claveles... rosas... lilas... jazmines, jazmines...

VENANCIO (Viene puerta foro y se aproxima á Dolores) Tulipán, gardenias, heliotropo...

DOL. Bah! bién se conoce que entiendes de jardinería (Coloca el ramillete en el florero)

VEN. Adivinanza adivinanza, ¿ á que ese ramillete es del primo de la señorita ?

DOL. Ay! que talento...

VEN. El regalo de Marcelo en las vacaciones, ya se sabe; el invariable pomo de flores...

DOL. Pues ella se parece al ramillete.

VEN. ¿ En lo fragante ?

DOL. Cá... en lo invariable. Empezó no queriéndole y... suma y sigue.

VEN. Y le alabo el gusto.

DOL. Ya la tenemos ¿Y por qué? qué faltas tiene el muchacho ?

VEN. La mar, chica.

DOL. O la mar menor...

VEN. Digo, que tiene la mar de faltas.

DOL. Ah!

VEN. Apunta: le falta talento, gracia, tipo y lo que es peor, dinero !

DOL. Y dime: ¿ qué tiene Cesáreo para que le quiera tanto. ?

VEN. Apunta: le sobra talento, nobleza, energías y tesón.

DOL. ¿ Y dinero ?

VEN. No lo apuntes por ahora.

DOL. Entonces...

VEN. Pero con esas condiciones habrá que apuntarlo pronto.

DOL. Es que la posición de la señorita... es ella sola y la casa sube como la espuma...

VEN. ¿ Y á quién lo deben todo, dime ! quién ha *doblao* el negocio en pocos años. ? Si no hubiera sido por Don Salvador y su sobrino Cesáreo...

DOL. Eso si que es verdad.

VEN. Sin ellos, esta fábrica ya hubiera *dao* un batacazo como otras muchas.

DOL. Pues bien, sea lo que quiera, el día que doña Elena se lo proponga, esas relaciones acabarán para siempre. Marcelo domina á su madre; ésta á su hermana, y bien sabemos todos que doña Elena hace mangas y capirotes de Don Alberto.

VEN. Es verdad... ¡ pobre Don Alberto... digo ¡ pobre Milagros !

DOL. Ó pobre Cesáreo.

VEN. Aunque á la señorita Milagros no hay que perderla de vista. Sabe mucho y « cuando uno vá ya viene ella. »

DOL. Dímelo á mi, dímelo á mi...

VEN. Las mujeres, pocas veces teneis acierto al elegir marido. Aquí tienes un caso. Desde que sirvo en esta casa que te estoy demostrando mi querer y tú, invariable...

DOL. Como la señorita, ¿verdad?

VEN. No... como el ramillete.

DOL. Pero si es que no me tira el matrimonio...

VEN. Anda, farisáica... á tí lo que te tira es la holganza y acabarás por hacerte monja, no lo dudo.

DOL. ¡Ay! quién pudiera...

VEN. Yo, al ser Papa, te beatificaba, por que lo mereces. Por la mañana, misa de á kilómetro; por la tarde, novena, salve, jubileo y para ir á compás no me queda más recurso que mover el incensario...

DOL. Anda hereje, no digas esas cosas.

VEN. Que no las diga..... ¡No las he de decir? mira, cuando por las noches te veo *ensoñatá* llevando la cuenta del Rosario, me digo; ¿Cuánto mejor no estaría con un niñorro en sus brazos que la despabilara al grito de *mama*, *teta*; *mama*, *teta*.

DOL. Horror.... horror.... no quiero que me hables... anda de aquí (Vase izquierda)

VEN. Sol...terona, arquilla vieja. (Vase puerta foro)

— Escena 2.ª —

MILAGROS—DOÑA ELENA—DON ALBERTO

Vienen puerta foro: delante MILAGROS; dos pasos detrás DON ALBERTO y DOÑA ELENA

MILAGROS (Entrando, aparte) La atmósfera está cargada. (Á su mamá) Creo que no hay razón para sulfurarse tanto, mamá.

D.ª ELENA Premedita las cosas y verás si hay ó no motivo.

D. ALB. Sé sensata, ten cordura, Milagros.

MILA. No hay motivo, nó, para increparme de esa manera.

D.ª ELE. Tienes muchos pájaros...

MILA. Es muy bonito, de buen gusto, venir refunfuñando todo el camino...

D. ALB. Milagros, Milagros...

MILA. ¿Has dicho que á misa primera? pues á misa; ¿que á visitar á la tía y darle la bienvenida al primo Marcelo? pues allí he ido.. sumisa, como hija obediente. Hé estado atenta, cortés, aunque no tan afectuosa é insinuante como tu hubieras querido... soy franca, sincera, pero no hipócrita.

D. ALB. Comprende, Milagros, que los padres miran el bién de los hijos.

MILA. Hay cariños mal comprendidos, papá.

D.ª ELE. ¿Ves? te convences? Esta siempre hace su santa voluntad.

MILA. No. Siempre hé estado obediente á vuestros mandatos. Mi sumisión no se puede negar; pero ¡ay! que los impulsos de mi corazón, los vivos anhelos de mi alma son otros, y al corazón no se le manda; al alma no puede avasallársele, y al pensamiento no se le encierra en angostas cárceles, puesto que aún le es estrecho el infinito.

D.ª ELE. ¿Ves Alberto? ese es el producto de la lectura de esas obras modernas.

D. ALB. Milagros, modérate; no disgustes á la mamá.

MILA. ¿Y quién lo desea? y menos en este día

que celebro mi fiesta onomástica y cumpleaños.

D.ª ELE. Ahí tienes el *bouquet* tan caprichoso de Marcelo, ¿por qué há de hacer caso omiso de él?

D. ALB. Ay, Milagros... Milagros...

MILÁ. ¿Qué quereis? que le estreche contra mi pecho? ¿que le lleve consigo? Vaya, vaya, ¡sería ocurrente!

D.ª ELE. Eso es una burla.

MILA. Pero ocurrente, el primo. Sale á ramillete por año... Hace perfectamente su madre en buscarle una buena proporción; já, já...
(Vase derecha.)

— Escena 3.ª —

DOÑA ELENA—DON ALBERTO

D.ª ELE. ¿Lo estás viendo?

D. ALB. Es su caracter bullicioso. (Se sientan.)

D.ª ELE. Si, si,... óyeme y premedita. Convéncete una vez yá del peligro constante de nuestra hija. Cesáreo está en contínuo trato con ella. Milagros entra y sale á la fábrica habitualmente como en su primera edad. Ese trato, esa familiaridad, ese roce, ha hecho germinar en sus corazones un sentimiento, un afecto, que pudiera echar hondas raices, que ellos se profesan quizá inconscientes y que un día, ¡fíjate bién! para evitarlo pudiera ser demasiado tarde.

D. ALB. Pero mujer...

D.ª ELE. Esto hay que mirarlo friamente. Han ido transcurriendo los años, y tú, y yó, y todos, acostumbrados á verlos tratarse desde

que eran niños, no hemos reparado ni una sola vez en que esta condescendencia pudiera tener un funesto resultado.

D. ALB. No está mal lo que dices.

D.ª ELE. No habías pensado en ello, ¿verdad?

D. ALB. No; pero hoy me hace pensar demasiado.

D.ª ELE. Te preocupa, ¿verdad? Pues lo propio me sucede. ¡Si supieras qué horas mas amargas he pasado dándole vueltas en mi imaginación al mismo pensamiento!

D. ALB. Es para eso.

D.ª ELE. Un día que fuí al convento á visitar á Sor Rosario, me entrevisté con D.Toribio y le expuse mis temores y el pobre señor me dijo: Ya he pensado diferentes veces sobre el particular, pero ¡ay! son cosas tan delicadas que jamás me atreví á hacerles indicación alguna.

D. ALB. ¿Y recabaste su opinión?

D.ª ELE. Sí; que era preciso tomar una medida rigurosa; y aún recuerdo su despedida que decía; A grandes males, grandes remedios.

D. ALB. Si; habrá que decidirse y tomar una determinación.

D.ª ELE. Debes de ser inflexible; debes sobreponerte á toda influencia hasta lograr tu objeto. Tú, sentirás como yo, tener que disgustar á D. Salvador, pero él es hombre recto y sensato y se hará cargo de las cosas.

D. ALB. Es verdad. Él ha sido el timón de esta nave. Un apoderado experto, inteligente. Sin él hubieramos naufragado seguramente.

D.ª ELE. Como hombre recto verá que es una cosa

justa y la aceptará resignado á pesar del excesivo cariño que siente por Cesáreo.

D. Alb. Dices bien; estoy decidido.

D.ª Ele. Como de costumbre, vendrá D. Toribio á felicitar á Milagros. Aprovechas la ocasión, le interrogas, le expones tu pensamiento y según te aconseje, lo pones en práctica.

D. Alb. Bien pensado.

D.ª Ele. Pero no desmayes en la empresa.

D. Alb. Descuida.

D.ª Ele. (Llamando) ¡Dolores? (Se levantan)

Escena 4.ª
DICHOS—DOLORES.

Dol. (Viene puerta izquierda) ¿Señora?

D.ª Ele Cuando venga D. Toribio, que suba inmediatamente al saloncito.

Dol. Bien, Señora.

D.ª Ele. Si llegasen despues mi hermana y mi sobrino, que aguarden un momento.

Dol. Bien, Señora.

D.ª Ele. (Á D. Alberto) ¿Vamos?

D. Alb. Sí, vamos. (Dolores vase izquier. Los demás derecha.)

—Escena 5.ª—
VENANCIO

Ven. (Viene foro) ¿Por dónde parará la beata *aburría* ésta? Nada, que no puedo enamorarla.. ¡Yo, que tanta niñera he *entontecío* cuando militaba!

—Escena 6.ª—

VENANCIO—DOLORES

(Viene izquierda)

VEN. Sílfide matutina.

DOL. ¿Has aprendido otra palabra?

VEN. La he *inventao pa tí* ¿Es de tu gusto?

DOL. Ni la frase ni...

VEN. Ni yo... lo sé; pero me pasa á mi lo propio contigo, ¿sabes?; tu orgullo te va echando á perder y yo...

DOL. ¿Pues qué te has creido tú?

VEN. Pues *ná*, que sé más que tú, sierva monjil.

DOL. Claro, como que has servido al Rey.

VEN. ¿A que no adivinas para qué sirven las rosquillas de Santa Quiteria, tú que tanto sabes de cosas santas?

DOL. No... no lo sé...

VEN. Ves? pues sirven para el mal de rabia. Anda, come rosquillas.

DOL. Eso si que es ocurrencia, Venancio.

VEN. Si yo sé que acabarás por dislocarte por mí y que rezarás de noche el rosario conmigo y que los dos llevaremos la cuenta ó no la llevaremos, pues todo es acostumbrarse á llevarla de memoria. Anda y olé y venga un abrazo.

DOL. Aparta, tonto.

VEN. Y venga *caera*.

DOL. Si no eres formal, me voy.

VEN. Tú no te vas.

DOL. Que sí.

VEN. Que tengo que decirte una cosa.

DOL. Pero en serio.

VEN. Muy en serio. Mira. (Pone la cara fosca)

DOL. Dila! pero no tan... serio.

VEN. Pues... que los operarios hacen un gran regalo á la Señorita por ser hoy su santo.

DOL. Si tu supieras la que le aguarda á la Señorita Milagros...

VEN. ¿Sí?

DOL. Los señores están dispuestos á que salga de la casa Cesáreo. (Antes de terminar la frase aparece por la derecha, pausadamente, Milagros.)

VEN. ¡Ah!...

—Escena 7.ª—

VENANCIO—DOLORES—MILAGROS

MILA. Ajajá... por la boca muere el pez. (Dolores queda estupefacta.) Ahora no puedes negarme la verdad como otras veces. Esa reserva misteriosa é hipócrita ya te es inutil. Ya puedes gozosa pulular la especie por calles y plazas y pisotear mí reputación. Me importa poco. Me habeis acostumbrado á ello y me voy sintiendo fuerte para luchar. Ya tengo una traidora frente á frente.

DOL. Señorita...

MILA. Silencio.

VEN. Yo...

MILA. Usted es franco y merece mi consideración. (Vase Dolores izquierda y Venancio foro.)

—Escena 8.ª—
MILAGROS.

MILA. Sí, sí... me horripila pensarlo. Y será, será... lo que quieren ellos, lo que quiere mi mamá, lo que quiere mi tía, lo que quiere D. Toribio y lo será... ¡Dios mío! y saldrá de casa; y yo sin él... ¡yo sola luchando!... y me volverán loca... No, no... si no puede ser, si no debe ser... Es imposible... Yo deliro... Dios mio ¡Dios mio! (Cae sentada y prorrumpe en sollozos)

—Escena 9.ª—
MILAGROS—CESÁREO—D. SALVADOR.

(Vienen foro; delante Cesáreo y tras él D. Salvador con un album) (Reparan en Milagros)

CESÁ. ¿Lloras? dime ¿por qué lloras?

D. SAL. ¿Cómo, triste en este día?

MILA. (Disimulando) Ráfagas de inquietud; nada...

CESÁ Sé ingenua, no disfraces la verdad.

D. SAL. Mi desaliento es grande. Al verte así ni deseos siento de presentarte este regalo.

MILA. (Á D. Salvador con ternura) No, no me digais esc. (Á Cesáreo con amabilidad) Yo te diré la verdad aunque sea amarga. (Á D. Salvador) Yo corresponderé á usted con mi reconocimiento.

D. SAL. (Abriendo el album encima del velador.) Los obreros de la fábrica á Milagros en su cumpleaños.

MILA. Esto me halaga muchísimo.

CESÁ. Pasa, pasa la primera hoja.

MILA. Ah! esto es magnífico.

. SAL. Este es tu primer retrato. Contabas seis meses.

lILA. Es genial. No me cabe duda; este pensamiento es tuyo. (Á Cesáreo.)

ESÁ. De todos.

ILA. Ustedes son muy buenos. Mientras los míos, los que debieran en tan señalado día embriagarme con sus sonrisas y besos me amargan la existencia, ustedes y ese puñado de hombres honrados, los que nos sostienen y elevan, me la dulcifican y traen para mi alma el hálito bienhechor que me enerva y sublimiza.

. SAL. Gracias.

ESÁ. Tus frases me producen escalofrio.

ILA. Hay para temer, pero no temas. Á vuestro lado, ¡qué bienestar... ¡todo es halagador y grato... sin vosotros, cuánta tristura!

ESÁ. Sé mas explícita. (Aparte.) ¡Más sospechas...!

. SAL. (Pasando otra página.) El segundo retrato.

ILA. Qué agradable es á la vista...

ESÁ Tus primeros pasos.

SAL. Es un capricho.

ILA. Los primeros pasos... Dícese que son tortuosos y expuestos... Otros, otros pasos en la vida son mas temerarios y dificultosos...

ESÁ. Me abrumas, Milagros: ¿porqué dices esas cosas?

. SAL. Tercer retrato: En pos de una mariposa que vaga por el jardín.

ILA. Hoy se han cambiado los papeles. Yo soy la mariposa. ¿Os parecerá extraño el simil, verdad? Pues lo soy en efecto. Yo soy la

mariposa que vaga por el jardín de la vida; sutil, ondulante, con vertiginosa carrera, juguetona á veces; pero un monstruo me acecha, me persigue sin compasión; yo me refugio entre una flor marchita y otra fragante, pero el monstruo que es incansable, me descubre y enérgico, brutal á veces, descarga su furia sobre mí.... y sobre ellos... y temo que las sedosas y tenues alas, desmoronadas por el vapuleo brusco, hágale caer vencida y transformada en gusano sobre el inmundo cieno, y que las flores, la marchita y la fragante, tronchadas á la par, rueden por el tupido y espinoso ramaje hasta verse privados de luz, aromas y colores, que es su vida... ¡que es la nuestra!

CESÁ. Milagros, Milagros... tesoro inestimable.

D. SAL. Alma... eres toda alma...

MILA. Así, siempre con vosotros. Á vuestro lado, el vivir es agradable... siento un estremecimiento grato, un éxtasis arrobador. Yo quiero estar con vosotros porque sois de los míos: yo soy de los vuestros. Sois altruistas, en vosotros está la hidalguía, la grandeza de alma, el espíritu innovador, la idea progresiva.

CESÁ. No temas; ten fé en mí y en mi amor.

D. SAL. No desalientes.

MILA. Tengo fé en tí y en tu amor. No desaliento por que la verdad triunfa siempre, pero el peligro se avecina y es preciso luchar.

CESÁ Lucharemos briosamente, con intrepidez si es preciso. Formaremos los tres un nú-

cleo formidable.

D. SAL. Sí; seremos invencibles.

MILA. Eso, eso quiero yo; no desmayemos; seamos fuertes.

CESÁ. Con fé y amor, la victoria será nuestra

D. SAL. Y á la vanguardia iré yo, el más inutil, sí, pero el más experto.

MILA. ¡Don Salvador!...

CESÁ. Tío!...

MILA. ¡Nó, nó,... es nuestro padre, es nuestro padre!...

—Escena 10.ª—

DICHOS—DON TORIBIO.

D. TORI. (Puerta foro) Alabado sea Dios en esta santa casa.

MILA. (Aparte) ¡D. Toribio! (Alta voz) Alabado sea.

D. TORI. ¿Dan ustedes su permiso?

MILA. Adelante.

D. TORI. Caramba... ustedes por aquí... Buenos y felices días... ¿Cómo está usted? (Estrechando la mano á D. Salvador.)

D. SAL. Bien y usted?

D. TORI. Y usted, Cesáreo?

CESÁ. Perfectamente y usted?

D. TORI. Yo, hecho un roble, qué caramba... Con que Milagros, mil felicidades. ¡Oh! éste día es señalado para usted y para los que le rodean.

MILA. (Aparte) Sí, para todos. (Á él) Gracias, gracias

CESA. (Aparte) Es verdad. (Hablan ó figuran hablar, Cesáreo y Milagros,)

D. SAL. Usted tan alegre siempre.

D. TORI. Tan invariable siempre, qué caramba; mi misita, mis monjas, mi paseo, mi tresillo, mis rezos cotidianos y pare usted de contar; caramba, caramba...

D. SAL. Que es usted un feliz mortal?

D. TORI. Relativamente, don Salvador; porque todo humano ser es ambicioso, qué caramba. Feliz es todo aquel que se lo propone.

D. SAL. Y usted sin duda...

D. TORI. Qué caramba... Otros estarán peor que yo Hay que acatar los altos designios. Resignarse en las adversidades y confiar en Dios. Qué caramba... bien pensado esta vida no es mas que una vanidad constante.

D. SAL. Dice usted bien D. Toribio.

D. TORI. En fin, voy arriba. Los señores me aguardan. Dentro de un rato seré con ustedes. (Estrechándoles la mano.) Don Salvador... don Cesáreo... señores míos...

D. SAL. Servidor de usted.

CESÁ. Servidor de usted.

D. TORI. Ah! (Á Milagros.) Ya cumplimentaré á usted en nombre de Sor Rosario, de Sor Laura, de Sor Encarnación, de Sor Rigoberta...

MILA. Tendré sumo gusto en ello.

CESÁ. La comunidad en pleno. (Aparte.)

D. SAL. (Aparte.) Con la despensera inclusive.

(Vase puerta derecha D. Toribio.)

— Escena 11.ª —

MILAGROS—CESÁREO—DON SALVADOR.

MILA. No lo dudeis. Ha sido llamado á concilio.

D. SAL. Ten calma.

CESÁ. No te impacientes.

MILA. Estoy serena... ¿no me veis?

D. SAL. Pero acabemos de ver el álbum.

MILA. Es verdad (Se pone á hojearlo) Es un verdadero capricho...

CESÁ. (Aparte) Está inquieta, convulsa...

MILA. Mis retratos en diferentes épocas. (Pausa)

D. SAL. (Aparte) Está nerviosa.

MILA. Ya lo he pensado.

CESÁ. ¿Qué?

D. SAL. ¿Alguna idea?

MILA. Y feliz. Una, dos, tres páginas en blanco. Faltan tres retratos para la colección completa. El primero no lo dudeis, será originalísimo.

D. SAL. Lo tienes pensado?

CESÁ. ¿Cómo será?

MILA. Bulle aquí, pero tomará forma. Será de nuestro agrado. Pero; que distraida! recibid la expresión de mi gratitud por este recuerdo. Pero nó, no basta con eso. Quiero dar personalmente las gracias á todos los operarios...

D. SAL. Yo te acompañaré.

MILA.. ¡Cuánto gusto voy á tener en ello! (Á Cesáreo) ¿Vienes?

CESÁ. Después me uniré á vosotros. (Salen foro.)

—Escena 12.ª—

CESÁREO

CESÁ. Estoy aletargado... La inercia, precursora acaso de sucesos próximos, invade todo mi ser. Mi estado, de una estoicidad suprema, jamás sentida, en ese sopor quimérico que agrada y contraria al mismo tiem-

po, es incomprensible. Quisiera llorar y reir. Presiento instintos de fiera selvática y siento ternuras de niño acariciado... Entre un horizonte de negrura inmensa veo que vislumbra un rayo de luz esplendorosa... Todo confuso, indescifrable... mezcla de goces y tristuras, de amores y odios... Yo enloquezco... (Siéntase y solloza.)

—Escena 13.ª—

CESÁREO—MILAGROS

MILA. (Entrando foro y reparando en Cesáreo.) ¿También tú?

CESÁ. Ah! Milagros!

MILA. El llanto mitiga la pena. Felices los que lloramos.

CESÁ. El torrente de nuestras lágrimas ha fertilizado la tierra en que germinó un santo amor que guardámos como un tesoro.

MILA. Así deseo verte. Tranquilo, sosegado...

CESÁ. Cuanto más se sufre, más se ama.

MILA. Nuestro amor es indestructible. Compáralo á un monumental edificio de ancha base y cimentación sólida.

CESÁ. Cierto, ciertísimo.

MILA. Ademas, nuestras aspiraciones son idénticas; los sentimientos, los mismos... luego nos complementamos.

CESÁ. Somos una sola vida.

MILA. Nos somos necesarios.

CESÁ. Nuestras almas son gemelas, son iguales y aunque en esta vida no nos perteneciésemos, como son eternas y existen mundos

infinitos... insondables...

MILA. No, no... nuestra dicha, nuestro encanto, y nuestra gloria, está en el vivir; en vivir esta vida azarosa y deleznable entre escollos y malezas... Consagrarse dos seres hasta el postrer suspiro. Llorar las mismas penas, reir las mismas alegrias; hacer frente á las mismas adversidades; seguir la historia de la humanidad dando los frutos de bendición que han de ser útiles á la sociedad, á la que nos debemos; sufrir por esos seres; luchar sin descanso por ellos; llegar en su holocausto hasta el martirio... Eso, eso es amar. Ese, ese es el amor mas santo y mas sublime.

CESÁ. Ven.. ven... angel de mi existencia, que tus ojos negros y grandes como el abismo de mis penas, me miren serenos; que tu boca que tiene toda la fragancia de una entreabierta rosa de abril module una ténue, suave sonrisa; que tu aliento, embriagante como las auras primaverales, pueda aspirarlo hasta extasiarme... Quiero contemplarte absorto.

MILA. Cuán grato es amar y ser amada.

CESÁ. Bien mio...

MILA. Mi bien... (Pausa.)

—Escena 14.ª—

DICHOS—DON SALVADOR.

D. SAL. (Viene foro.) ¿Cesáreo?

CESÁ. ¿Tío?

D. SAL. Don Alberto reclama nuestra presencia.

MILA. ¡Dios mío!
D. SAL. Milagros, mucha calma.
CESÁ. Ten serenidad.
MILA. Van á cometer una injusticia!
CESÁ. Espera, volveré á tu lado.
D. SAL. No te impacientes.

(Vanse D. Salvador y Cesáreo derecha.)

—Escena 15.ª—

MILAGROS

MILA. (Siéntase.) Qué tortura... (Pausa.) ¡El monstruo!... Si, si... ya muestra sus enormes fáuces y afila sus punzantes garras... (Levántase. Habla con energía.) Aprestémonos á la cruenta y desigual lucha... Es preciso ser briosa... ser valiente... Yo prometo que venceré; ¡vaya que venceré! si no en noble lid, con argucia. Á enemigo sin nobleza y caballerosidad, cualquier procedimiento es bueno. Si es necesario, emplearé sus mismas armas, ¡la vil y rastrera hipocresía! (Se sienta y habla pausadamente.) Hay que conseguir el triunfo... No hay duda... Nuestra será la victoria... já, já, já... El monstruo... el monstruo afila sus punzantes garras...

—Escena 16.ª—

MILAGROS—MARCELO—FILOMENA

MARCE. (Viene foro.) Predilecta prima?
FILO. Queridísima Milagros?...
MILA. Adios, tía; adios, Marcelo.
MARCE. Ansiaba llegar por ser uno de los primeros

en felicitarte.

FILO. Y yo por estrecharte contra mi corazón en tan señalado día. (Le abraza.)

MILA. Gracias, gracias. Tomad asiento.

MARCE. Yo... aquí, á tu lado.

FILO. Y yo á este otro. (Se sientan.)

MARCE. Creo que estás malhumorada.

FILO. Estás nerviosa, inquieta...

MARCE. Palideces... ¿qué te pasa?

FILO. ¿Qué te ocurre?

MILA. Displicencias... (Con despego.)

FILO. ¿Y tu mamá?

MARCE. ¿Y mi tía?

MILA. En el saloncito... subid si os place.

FILO. ¿Qué no te ha probado bien el paseo matinal?

MARCE. ¿Es que tu santa te niega su protección?

FILO. La Virgen de los Milagros... nó: no la olvidará ¿verdad que no?

MILA. Milagros..., milagros ya no busqueis. Hoy, los diablos tienen mas influencia y mas poder. La maldad lo acapara todo. Hoy ¡qué sarcasmo! la verdad hasta tiene que disfrazarse con los hábitos de la mentira para poder triunfar. (Pausa.) No sé por qué os extraña mi actitud y mi lenguaje. Ocasiones hay tambien en que la mentira se engalana con el ropaje de la verdad... pero ¡ay! no siempre alcanza la victoria...

FILO. Milagros!...

MARCE. ¿Qué dices? (Se levantan.)

MILA. No necesito esforzarme. Ya me entendeis. Soy el león que despierta del letargo: el león que se despereza y brama y se apres-

ta para la desigual batalla.

FILO. ¡Cielos!

MARCE. ¡Madre!... (Entre dientes á Filomena.)

—Escena 17.ª—

DICHOS—CESÁREO—DON SALVADOR—DON ALBERTO—DOÑA ELENA—DON TORIBIO.

(Cesáreo y don Salvador aparecen por la derecha. Don Salvador vase foro y vuelve con unos papeles. Al presentarse de nuevo don Salvador aparecen por la derecha don Alberto doña Elena y don Toribio.)

MILA. ¡Cesáreo!

CESÁ. ¡Despedido!

MILA. ¡Cielo santo!

CESÁ. Por amarte...

MILA. Nó, nó... tú no te vas...

CESÁ. Sí, debo irme...

MILA. Tú solo?... nó... nó... te seguiré yo...

D. SAL. Nó: tú, nó. Le sigo yo. (Arroja á los pies de don Alberto los poderes.)

D. ALB. ¡Don Salvador!...

D. SAL. Haz frente al monstruo formidable...

CESÁ. ¡Ya vendremos por ti! (Milagros y Cesáreo se estrechan las manos.)

MILA. ¡Dios mío!... (Llevándose las manos á la cabeza.) (Cesáreo y don Salvador salen por la izquierda.)

TELÓN.

Cuadro segundo.

—Escena 1.ª—

VENANCIO

VEN. Esto es una Babel. Ocho días hace que salió ó le hicieron salir de la casa á Cesáreo, y aquí nadie se entiende.
Don Alberto no le dirige la palabra á la Señora: la Señorita Milagros no desplegó los labios hasta ayer y fué para decirles que quiere ingresar en el Convento. Marcelo y su madre están dados á los demonios y culpan á don Toribio... Por otro lado Cesáreo y don Salvador están montando una gran fábrica que sabe Dios si podrá ser la ruina de ésta... (Pausa.) Yo creo que Milagros los vuelve locos y al fin logrará salirse con la suya. Aquí hay algo que no se parece á nada. Esta señorita tiene mucha imaginación y es muy lista. No sé lo que va á suceder aquí.
Lo cierto y verdad es que tenemos un cisma que ni en la Iglesia.

—Escena 2.ª—

VENANCIO—MILAGROS

MILA. ¿Venancio?... (Viene puerta izquierda.)

VEN. ¿Señorita?

MILA. Dos palabras.

VEN. Diga usted.

MILA. Deseo me presteis un grán favor. Que la puerta del jardín la dejeis entornada y que al Caín le pongais en sitio seguro.

VEN. Pero...

MILA. No temais. Nada se sabrá. La puerta de la fábrica no la cerreis con llave: yo saldré por el surtidor á la fábrica y de ésta al jardín

VEN. Tened presente que... la hora tan avanzada...

MILA. Me es de una necesidad absoluta y usted no debe oponerse á mi petición.

VEN. Yo.. es... que...

MILA. Ya será usted recompensado con creces. ¿Me sabreis complacer?

VEN. Bueno, sí; sí señora; por usted lo hago todo.

MILA. Gracias, Venancio: y... silencio!

VEN. Ya lo creo... por la cuenta que me tiene.

(Vase izquierda Milagros.)

—Escena 2.ª—

VENANCIO—DOLORES

(Entra foro Dolores.)

VEN. No cerraré las puertas ni los ojos. ¿Y se va al Convento? *yá, yá, yá...* (Repara en Dolores.) Vuelves de acompañar á doña Filomena?

DOL. Sí. ¡Y como está!...

VEN. Y el pelma de su hijo no ha vuelto por aquí.

DOL. Pues lo que es la madre, creo que hará lo mismo.

VEN. ¿No ves que se han visto chasqueados?

DOL. Y hace muy bien la señorita; si no quiere á su primo, antes que casarse con él, es preferible meterse en el Convento.

VEN. Ah! beatona, bien se conocen tus inclinaciones; la holganza, la holganza ..

DOL. No se te puede hablar nunca, necio.

VEN. Cuenta conmigo para la dote...

DOL. Ni que fueras Romanones; pichs...

VEN. No silbes lechuza pálida.

(Vase por la izquierda Dolores.)

(Venancio se entretiene por el jardín.)

—Escena 4.ª—

DON TORIBIO

(Aparece izquierda pausadamente.)

D. TORI. Una palomita más para el redil santo... ¡Dios proteje á los buenos: qué caramba... Y la niña hace perfectísimamente: extinguidos sus primeros amores, antes que unirse al inepto de su primo, prefiere, y hace bién, la reclusión en el claustro... qué caramba .. qué caramba... otra palomita para el redil santo... (Vase foro.)

—Escena 5.ª—

VENANCIO

VEN. Gracias á Dios que se ha ido el abejorro negro... Es el primero que llega y el último que se larga. Este juega con dos bara-

jas;una para ganar, y otra para no perder. ¡Qué escuela!... Y la gente ésta que se crée saber mucho, no cae en la cuenta. Lo que si han caido es de un nido. Ya verán donde les lleva la mansedumbre de don Toribio, el tio caramba, como le dicen los operarios...

Mañana va la señorita al Convento; pues desde mañana aquello será una sucursal de esta casa.., ¡Y que no piden las monjas que digamos! ¡la Biblia! ¡Dios, pon tu mano... (Vase derecha.)

—Escena 6.ª—

MILAGROS

(Viene Milagros izquierda y silenciosamente va hacia la derecha. La escena queda sin luz. Aparece de nuevo de derecha á izquierda con mas ligereza y aparece despacio por la izquierda y se sienta en un banco del jardín.)

MILA. Duermen... ¡Gracias á Dios! Me siento fatigada... Venancio vigila... es bueno... se apiada de mí... el único quizá... (pausa.) Yo pudiera ahora volar como libre pajarillo en busca de la privada felicidad... puedo hacerlo... la jaula está abierta... pero nó, nó, eso sería cobardia... Es necesario ser firme; es preciso ir al fin con una constancia á prueba, con una tenacidad sin ejemplo. El dilema es sencillo; lograr el fin ansiado por los medios legales: ¿Como? He ahí el problema: hoy, imposible; me faltan dos años para mi mayor edad. ¿Continuar en casa? ¡de ningún modo! ¿qué martirio se igualaría á esa vida? Ademas,

divulgarían la falsa especie de que correspondía á mi primo. No demos lugar á esta aseveración y hemos vencido al mayor de los enemigos; ¡á mi tía!. Internada en el Convento, transcurren los dos años... Cesáreo dá impulso á su fábrica... Cumplido el noviciado, antes de profesar... (pausa.) Oh! si, sí... venceré... Hermoso plan preconcebido... (Con brio.) También al monstruo se le seduce y aniquila! En el enorme sufrir hay instantes de placer! (Pausa.) Ya llega... (Levantándose y extendiendo los brazos.) (Por el foro aparece Cesareo.)

—Escena 7.ª—

MILAGROS—CESÁREO

CESÁ. Me tienes á tu lado.

MILA. Te esperaba anhelante.

CESÁ. Yo estaba violento, nervioso, pero al llegar aquí me encuentro tranquilo y satisfecho. (Se sientan.)

MILA. Confio en tí y en tu amor y tengo la seguridad de que realizaremos nuestros sueños.

CESÁ. Acato, ya lo sabes, tu decision, por que tus pensamientos, siempre elevados, son los míos; ¡efluvios de mi alma!

MILA. Me enalteces demasiado. Hasta hoy hemos obrado impulsados por el corazón que suele ofuscarnos el juicio, pero los hechos, la experiencia, nos dice que deben ir de común acuerdo el corazón y la cabeza.

CESÁ. Es cierto: la realidad, con su espantable desnudez, nos hace razonar demasiado. Aunamos nuestros pensamientos, nuestras ideas, ejecutémoslas con tenacidad invencible y al fin venceremos al formidable enemigo.

MILA. No lo dudes, nó.

CESÁ. Pensando en tí, al lado de mi tío, trabajaré incesantemente hasta el día convenido.

MILA. ¡Pobre don Salvador y qué bueno es para nosotros!

CESÁ. Nuestro padre, como tú dijiste el día de tu cumpleaños y... de nuestro martirio...

MILA. Es verdad.

CESÁ. Realizó el huertecito de la Hondonada que era su único capricho, las dos casas que poseía en el barrio nuevo, y el producto y sus ahorros de tantos años, los ha invertido en la fábrica.

MILA. Quiera Dios conservarle la salud hasta el día anhelado.

CESÁ. Dios lo quiera. El tiempo corre velozmente. (Pausa.)

MILA. Estás pensativo... Temes acaso...

CESÁ. No temo... pero como son tan sutiles...

MILA. Esa sutileza monjil será inutil. Fíjate bién: voy como convencida...

CESÁ. Pero medita, medita siempre...

MILA. Por nuestro bien futuro voy á actuar de comedianta por primera vez, pero ten por seguro que en el teatro de la vida voy á eclipsar á las actrices de más mérito.

CESA. Me haces sonreir.

MILA. Porqué no hemos de sonreir? Ante el es-

pectáculo que se nos presenta...

CESÁ. Me haces feliz.

MILA. ¿Ves como te soy ingénua?

CESÁ. Ingénua y genial. (Pausa.)

MILA. Aquí tienes el escrito. (Le dá un pliego.) No olvides las indicaciones que te hice en la carta de ayer.

CESÁ. No las olvidaré. (Pausa.)

MILA. Te entristeces... ¿Es que te apena nuestra separación? También á mi me conduele, pero me siento briosa por que veo que es un paso de gigante para lograr lo que nos proponemos.

CESÁ. No, no es eso; es que el hombre que como yo, ama en demasía, es egoista; lo quisiera conseguir todo; quisiera que ese transcurso de tiempo que necesitamos se redujese á un mes, á un día, á una hora... Ya ves, ya ves, todo es imaginación, quimera...

MILA. Pues vuelve á la realidad. No olvides que tienen que marchar de acuerdo el corazon y la cabeza. Seamos fuertes. (Levantándose.)

CESÁ. Yá...!?

MILA. Sí, es preciso. Alborea.

CESÁ. Piensa en mí.

MILA. No me olvides.

CESA. Adios.

MILA. Adios. (Vase foro Cesáreo.)

CESÁ. (Desde la puerta del jardín.) ¡Adios!

MILA. Adios.

—Escena 8.ª—

MILAGROS.

(Mira hacia la puerta, suspira; baja la cabeza, vase izquierda sollozando y dice con entrecortada frase.)

MILA. A... a... adios!...

TELÓN.

Cuadro tercero.

—Escena 1.ª—

DON ALBERTO—DON TORIBIO.

(Sentados.)

D. ALB. Sí señor: la noche la ha pasado perfectamente; y lo mas particular ha sido el que haya despreciado la mullida cama y elegido por lecho una sencilla manta extendida sobre el pavimento.

D. TORI. Caramba, caramba..... no me extraña. La madre superiora me tiene dicho mil veces que no ha tenido novicia como Milagros.

D. ALB. ¡Qué firmeza!...

D. TORI. Y cuando recabó mi autorización para estar con ustedes este día de su cumpleaños y darle al mundo su último adios, me dijo: Permitidme que vista el hábito en esas breves horas que he de estar fuera del Convento puesto que he de salir y volver á él en carruaje cerrado; á cuya petición accedimos gustosos la superiora y yo, por que lo merece todo, qué caramba...

D. ALB. Bien sabe usted, que en un principio, su decisión, me causó un efecto terrible. El mundo se me cayó á los pies. Ella constituía mi única ilusión, por ella llevaba adelante esta fábrica y pensando en su porvenir, todo se me parecía poco... Hoy... hoy

don Toribio, me halaga su resolución, ¡bién lo sabe Dios! Ella, feliz en su retiro, ignorará la marcha de la casa: nosotros, solos yá, daremos á entender que nos basta y sobra para vivir con las fincas rústicas que poseemos y no se extrañará nadie de la clausura de la fábrica.

D. TORI. ¿Está usted decidido?

D. ALB. Ah! sí...la fábrica sería mi ruina. La exportación ha disminuido; yo no quiero darme por vencido y continúo con los mismos operarios... ¡ya ve usted!...

D. TORI. Caramba...

D. ALB. Don Salvador y Cesáreo lo abarcan todo. El incremento que ha tomado esa fábrica en menos de dos años, es pasmoso. Son dos titanes, dos hombres de ingenio, hay que confesarlo...

D. TORI. Será cierto pero en aquella ocasión...

D. ALB. No, si no estoy pesaroso de mi proceder; es mas, si lo estuviera, ese pesar lo ahogaría en el fondo de mi pecho para que no saliera á la superficie. Son cosas de la vida.

D. TORI. Sí, y el hombre debe ser fuerte y sobreponerse á ellas, qué caramba.

D. ALB. Elena y yo, lo tenemos convenido: al siguiente día de profesar, formalizaremos nuestra última voluntad que consiste en dejar nuestros bienes á beneficio del Convento.

D. TORI. Ah! Caramba... Feliz inspiración! Dios ha sabido con un rayo de luz señalarles el camino que conduce á la mansión celeste...

—Escena 2.ª—

DICHOS—FILOMENA—MARCELO.

(Vienen izquierda.)

MARCE. Tío?... ¿don Toribio?... Buenos días.

FILO. Felices días...

D. ALB. Dichosos los tengamos todos.

D. TORI. Caramba... usted siempre tan arrogante. (Á Filomena.) Usted siempre igual.

MARCE. Yo siempre el mismo.

FILO. (Aparte.) Qué cargante. (Á él.) Invariable. Pero ¿y Elena y Milagros?

D. ALB. Arriba: subid.

D. TORI. Hoy, ya se sabe: á felicitar á la primita, caramba, caramba...

FILO. Sí, voy á verlas.

MARCE. Hay que ser galante.

D. ALB. Mira, aquí vienen.

D. TORI. La galantería... sí... sobre todo, qué caramba.

—Escena 3.ª—

DICHOS—MILAGROS—DOÑA ELENA.

(Aparece derecha Milagros; viste hábito de novicia.) (Extendiendo los brazos con cierta timidez.)

MILA. Saludo á todos con la viva efusión de mi alma.

D. TORI. Bendita sea.

FILO. Ven á mis brazos.

MILA. Estrechad mi mano. Quiero desligarme de afectos terrenos. (Le da la mano derecha.)

MARCE. Prima...

MILA. Mi mano, fría, casi cadavérica, la pongo

en contacto con la tuya, quizá por última vez. (Le da la mano izquierda.)

(Don Alberto se coloca á la izquierda de Milagros. Doña Elena á la derecha; á la derecha de doña Elena, Filomena; á la izquierda de don Alberto, Marcelo; y separado del grupo don Toribio.)

D.ª ELE. ¡Milagros!

D. ALB. ¡Milagros!

MILA. En mí ya no busqueis emociones; soy una éxistencia que expira... soy espíritu que tiende á volar á regiones ideales....

D. ALB. Hija mía...

D.ª ELE. Hija de mi alma...

D. TORI. Inspiración divina cuán poderosa eres.

—Escena 4.ª—

DICHOS—VENANCIO.

VEN. (Puerta izquierda.) Señor, el Juzgado pide vuestro permiso.

D. ALB. (Asombrado. Extrañeza en todos, excepto en Milagros.) ¿El juzgado?

D.ª ELE. ¿El juzgado?...

(Doña Elena extrañada, mira á su hija, hermana y don Toribio.)

D. ALB. Que pase. (Vase Venancio izquierda.)

—Escena 5.ª—

DICHOS menos VENANCIO—JUEZ—ESCRIBANO —ALGUACIL.

(Vienen izquierda)

(Saludan quitándose el sombrero y cubriéndose, á excepción del Alguacil que quedará descubierto.)

JUEZ ¿Se puede?

D. ALB. Adelante.

JUEZ ¿Don Alberto de la Rosa?

D. ALB. Servidor.

JUEZ El Juzgado ha recibido un escrito firmado por la Señorita Milagros de la Rosa y Gutierrez, pidiendo el depósito judicial para contraer matrimonio con don Cesáreo del Pino, y el juzgado interroga á usted antes de seguir los trámites por si está dispuesto á dar el consentimiento ó consejo.

D. ALB. ¿Yo? no sé... no sé...

D.ª ELE. ¡Dios santo!

D. TORI. Caramba ¿qué es esto?

D.ª ELE. ¡Qué traición!...

FILO. ¿Será un sueño?

D.ª ELE. Ah! es una villanía.

JUEZ (Al Escribano.) Lea usted el escrito.

ESCRI. (Leyendo.) Al Juzgado: Milagros de la Rosa y Gutierrez, de 23 años, soltera, vecina de esta ciudad y que vive en la calle del Sagrario n.º 20, ante V. S. comparezco y digo: Que deseando contraer matrimonio con don Cesáreo del Pino y Gómez y oponiéndose mis padres tenazmente á este enlace, ruego á V. S. se sirva acordar mi depósito en casa de doña Eufrasia Lopetegui que habita en la calle Moderna n.º 6 por ser peligroso para mí el depósito en casa de mis padres. Suplico al juzgado se sirva así acordarlo en justicia que pido. En la Ciudad del Castillo á 12 de Junio de 1906. Milagros de la Rosa y Gutierrez.

D. ALB. (Brioso.) Nó... nó... jamás.

D.ª ELE. Nó, mil veces nó... Ah! (Se desfallece.)

JUEZ. ¿La Señorita Milagros de la Rosa?

MILA. Servidora.

JUEZ. ¿Se ratifica en lo expuesto?

MILA. Me ratifico.

D. TORI. ¡Pero Milagros!?

D. ALB. ¡Hija!

MILA. ¡Es tarde!

JUEZ (Al Escribano.) Extienda usted la diligencia. (Escribe.)

FILO. ¿Pero Milagros?

D. ALB. ¡Recapacita!...

D. TORI. ¿Piensas lo que haces?

(Doña Elena es auxiliada por Filomena.)

D.ª ELE. Perversa.

MARCE. (Aparte.) Vencidos!... de ellos la victoria!...

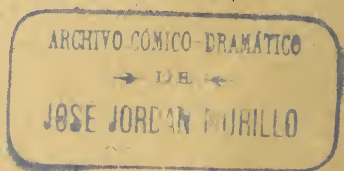
MILA. Todo es inutil.

JUEZ (Á Milagros.) Firme usted. (Firma.) Síganos.

(El Juez, Escribano y Alguacil saludan con una reverencia y salen izquierda seguidos por Milagros.)

MILA. (Al Juez) Vamos. (Al público) Ya han venido por mí!... Ya está vencido el monstruo formidable!...

TELÓN.



DEL MISMO.

ZARANDAJAS. (prosa y verso) con su coautor P. Bañón Serrano.

YECLANERÍAS. (composiciones en verso) con Prólogo de Pascual Amat Esteve.

REALIDADES. (ensayo dramático en un acto y en prosa) con Pórtico de Fausto Ibañez Maestre.

MIS ÚLTIMOS VERSOS.

ROSALÍA (zarzuela de costumbres en un acto y en verso) con música de Ramón Gorgé.

UNA PESETA.